

«SOCIEDAD DE MERCADO»: ECONOMIA Y ETICA.

** JESÚS CONILL*

Para comprender lo que significa Europa conviene prestar atención a su formación como «sociedad de mercado» y a las relaciones entre sus presupuestos éticos y su transformación económica. Una relación olvidada en los planteamientos habituales, que ahora se trata de recuperar desde su raíz.

A primera vista puede sonar extraño que se hayan vinculado dos términos tales como «economía» y «ética», ya que ambos parecen excluirse mutuamente. La economía y la ética no parece que haya hecho buenas migas hasta ahora. Desde el surgimiento de la economía moderna «lo económico» se ha caracterizado como un ámbito desvinculado de las normas morales tradicionales. Es más, para que dicho ámbito pudiera surgir como tal hizo falta prescindir de las directrices que regían el comportamiento económico en las sociedades tradicionales de Europa.

La economía como ciencia surge dentro del movimiento que impulsa al hombre moderno a controlar el mundo. La economía tiene un sentido tecnológico de raíz en la medida en que pretende alcanzar un conocimiento para intervenir en el mundo. El tipo de conocimiento de la economía moderna se acercó a las ciencias físicas y matemáticas, aunque había surgido de las ciencias morales y políticas. La racionalización económica fue prescindiendo de muchos aspectos sociales y se fue centrando en lo que ya se ha convertido en los aspectos «económicos» de la vida humana. En este proceso de racionalización a través de la constitución del ámbito económico intervino también la irrupción de la iniciativa del individuo frente a la jerarquización tradicional. El individuo es un componente básico del proceso de producción y apropiación de los bienes.

La racionalización económica a través del mercado sustituirá a las reglas morales y configurará un espacio autónomo de la actividad humana que seguirá sus propias leyes. De este modo se separan el mundo económico propiamente dicho y el mundo social en su conjunto. La economía se emancipa de la ética. Las exigencias modernas de racionalización implicaron en un comienzo una desconexión de lo económico respecto de su contexto social, a fin de poder adquirir la necesaria autonomía de funcionamiento. De lo contrario, tal vez hubiera sido imposible la novedad histórica que supuso el advenimiento del mundo económico con sentido específico. La razón moderna y su proceso de racio-

nalización social exigió abrir un campo específico, al que se ha considerado «lo económico» o «sistema económico».

La apertura del sistema económico como tal produjo una transformación radical de la sociedad. Porque la economía se independizó de las normas sociales restantes y se fue convirtiendo en el motor de las transformaciones sociales. Con independencia de las normas morales se podían establecer unas reglas o mecanismos, mediante los cuales se podrían lograr un orden social estable. Y ello se debió a que se creyó haber encontrado la motivación fundamental y básica por la que se rigen los seres humanos. Esta motivación individual de cada uno nos impulsa a establecer un juego del que por el propio mecanismo todos saldremos beneficiados. No hace ninguna falta recurrir a la moral para ordenar la vida en común y la interacción entre los hombres. Basta con que nos rijamos por los mecanismos económicos del mercado para que por su propio funcionamiento se logre un orden mejor que el que podría lograrse mediante complicadas leyes.

Lo económico constituye un sistema que racionaliza el tipo de vida moderna al margen de consideraciones morales. Esta idea ha permanecido en el espíritu de muchos economistas hasta hoy en día. A esta actitud ha colaborado la creencia de que era posible matematizar todo el campo concerniente a lo económico. La pretensión de formalizar lo económico todavía ha impulsado más la separación entre economía y ética. Fue especialmente la economía neoclásica la que acentuó todavía más la separación entre lo económico y lo moral, pues no hay que olvidar que en realidad la economía como ciencia nace vinculada al menos al campo de las ciencias morales y políticas. Ahora bien, entre otras razones, por la necesidad de abrirse camino de modo específico y por la confianza en el propio mecanismo que determina lo económico como tal, la economía se sintió urgida a emanciparse de la ética para poder presentarse en sociedad con autonomía.

A estas razones se podría agregar que en el momento en que surgió la economía no había en la conciencia de la humanidad una ética a la altura de los tiempos, es decir, una ética capaz de hacer juego con las exigencias racionalizadoras de la economía moderna. Sólo una ética como la kantiana o la smithiana misma, características de la época moderna y, por tanto, emergentes de individualismo de fondo, estaría en condiciones de conectarse con la novedad que supuso la irrupción de lo económico y sus consiguientes transformaciones sociales.

Pero la economía como actividad y como ciencia ha estado desde sus orígenes cargada de dificultades y, como la filosofía misma, ha sido siempre una ciencia en crisis y de crisis. Si atendemos mínimamente a las diversas crisis de la economía descubriremos un difícil camino que nos revelará la constante pertinencia de la dimensión ética con respecto a la economía, a pesar de ciertas apariencias en contra. Desde diversos puntos de vista se ha ido poniendo de

relieve la necesidad de ampliar el horizonte de las consideraciones económicas. Y esta ampliación ha implicado la inserción de los componentes éticos en el enfoque económico. Las críticas que se han venido haciendo a la hegemónica racionalidad económica han producido -entre otras cosas- una revisión de aquella habitual separación entre lo económico y lo moral. La necesaria transformación de la racionalidad económica exige a su vez como un ingrediente suyo la atención a los componentes morales de la actividad económica.

Desde una «economía de la naturaleza» o ecología, ligada a la física (o la termodinámica), se recuerda la olvidada preocupación por la escasez objetiva de los recursos naturales. Más recientemente la crisis energética nos ha enfrentado a los límites y peligros de la actividad incontrolada de las sociedades industriales. La economía se ha visto obligada a introducir en sus esquemas los problemas ecológicos (físicos y biológicos), que en un principio había desatendido como ajenos. Una economía que se precie no puede desatender ya las relaciones de la sociedad humana con su entorno y tiene que preocuparse de la gestión de los recursos en la sociedad actual.

Desde la historia y la antropología se ha cuestionado la presunta universalidad de las categorías económicas habituales. La economía moderna nos proporciona una posibilidad humana de responder a las necesidades, pero no puede establecerse como la única posible. La historia y la antropología muestran otras formas de economía y otras motivaciones distintas de las que operan en el contexto económico moderno. El modo moderno de irrupción de lo económico tiene unas peculiaridades propias y unas consecuencias sociales que marcan una novedad en la historia de la humanidad. Por tanto, no se pueden considerar como las constitutivas del ser humano sino un logro, una adquisición histórica, de la humanidad en un contexto determinado, junto con otras variables y formando un plexo social en su conjunto, sin el cual no tendría sentido. Es decir, lo económico moderno constituye una configuración histórica determinada, no una determinación esencial del ser humano. De ahí la necesidad de entender la «génesis y expansión de la ideología económica», porque así se tiene la posibilidad de revisar las categorías básicas de la ciencia económica desvelando los rasgos esenciales del funcionamiento del capitalismo industrial y de la «sociedad de consumo». También hay otras críticas al enfoque usual de la economía que nos ayudan a percatarnos de la necesidad de aportar reflexiones éticas al enfoque económico. Por ejemplo, las críticas a la noción abstracta de mercado, a fin de acercarla a la realidad, incluyendo las relaciones de poder en el intercambio o en el manejo del aparato estatal. Igualmente las críticas que detectan las insuficiencias del keynesianismo dominante en la macroeconomía. Todas estas críticas, sin embargo, no han sido capaces hasta ahora de ofrecer una alternativa acabada a la «antigua macroeconomía» de origen keynesiano en lo referente a la regulación del sistema económico. Más bien, al contrario, incluso con el nombre de «nueva macroeconomía» hay un retorno

a los supuestos de la tradición neoclásica. Con la quiebra del intervencionismo keynesiano ha ganado terreno la idea de que más vale abstenerse de intervenir y confiar en que las cosas se resuelvan por sí mismas: la política económica debe sobre todo «proporcionar al sector privado un entorno estable y predecible».

Lo importante del proceso crítico de la racionalidad económica moderna es que ha conducido cada vez más a modificar sus propios límites y a abrirse a preocupaciones que antes le parecían ajenas, como por ejemplo, la gestión de los recursos naturales (con repercusiones energéticas y medioambientales) y los problemas éticos. Así, el problema de la gestión de los recursos naturales lleva a considerar no sólo los «costes internos» a la noción habitual de sistema económico, sino también a los externos, que enjuician el proceso económico a la luz de la termodinámica, la ecología y la ética. Y desde estas nuevas perspectivas se podrá poner en cuestión no sólo la noción de producción, de coste o de sistema, sino también la presunta finalidad «utilitarista», que parecía constituir el alma del sistema económico. De este modo se incorpora una reflexión sobre el sentido de la producción, del consumo y de la inversión. Esta nueva racionalidad de una «economía crítica» incluirá, pues, la reflexión ética. No sólo se trata de una economía política, sino de una economía de la naturaleza, por tanto, de reflexión ecológica, y asimismo de una economía humana, por tanto, de una economía ética.

En los últimos tiempos se ha producido este cambio significativo de la racionalidad económica. La visión hegemónica del dinamismo económico como algo axiológicamente neutral ha ido dejando paso a una consideración de los componentes morales ínsitos en la actividad económica y empresarial. Quien quiera tener un adecuado punto de vista de la actividad económica no podrá prescindir de la perspectiva ética, porque -y aquí está lo novedoso ahora- así lo exige cada vez más la propia racionalidad económica.

La actividad económica constituye una parte esencial de la vida humana, que contribuye a satisfacer las necesidades de los seres humanos y sus aspiraciones de vida buena. Por tanto, una tajante separación de la misma respecto de otras dimensiones como la moral puede considerarse una falacia abstractiva del pensamiento económico habitual. De ahí que actualmente la economía política deba completarse mediante una economía ética. Diversas tendencias contemporáneas inspiran e impulsan este cambio de rumbo en la teoría y en la práctica. Esto es lo que cada vez más se impone desde los años setenta en los Estados Unidos de América y en ciertos círculos europeos. La importancia de la ética en el mundo de los negocios aumenta, porque se ha constatado que «la conducta ética mejora incluso la salud de la empresa». La exclusiva misión de la empresa no es «ganar dinero»; sino que considerada como «institución social» eficiente está al servicio de la autorrealización del ser humano.

La construcción de Europa ha tenido mucho que ver con el proceso de for-

mación y desarrollo de la sociedad de mercado. No puede olvidarse que la revolución industrial introdujo un dinamismo y una extrapolación utópica, por los que todos los componentes de la producción económica fueron reducidos a mercancías. La fe en el progreso pasaba por la racionalización económica, así entendida, y promovía el optimismo de los agentes económicos, que de este modo iban orientando las nuevas pautas de comportamiento. El progreso económico dictaba los necesarios cambios sociales de la nueva forma de vida europea.

La nueva sociedad se diseñaba desde la economía; pero lo económico se entendía en la moderna configuración de Europa desde el modelo del mercado. En definitiva, el proceso de formación de la realidad europea ha estado inspirado por la utopía del mercado que se regula a sí mismo. De ahí que se haya constituido como «sociedad de mercado».

Para comprender lo que significa Europa hay que prestar atención a la genealogía y horizontes del «*homo oeconomicus*». Hay que preguntarse por el lugar de la economía de mercado y sus repercusiones en la transformación social: Si la subordinación de lo social a lo económico tiene unos costos que atentan contra las formas comunitarias y el sentido vital, cómo el sistema de mercado ha contribuido a forjar la cultura europea. Porque produjo un cambio de las motivaciones, una transformación de los bienes en mercancías y un desgarramiento de las relaciones humanas.

Pero la propia historia del mercado y sus relaciones con los otros aspectos de la vida social descubren, a su vez, otros cimientos de la cultura europea más allá de los económicos y que están entrelazados con ellos modulando el mercado. Porque éste no se sustenta en el aire, sino en un «espacio social», donde pretensiones como las morales tienen también su vigor para orientar el comportamiento y justificar las acciones humanas.